



# No hay heterosexuales<sup>1</sup>

---

VLADIMIR SAFATLE<sup>2</sup>

Un problema relevante en ciertos debates sobre sexo e identidad que actualmente circulan entre nosotros se produce cuando se parte de la premisa de que existen los heterosexuales. Según esa idea, heterosexual sería aquella persona cuyas elecciones de objetos recaen sobre algo que sería el «sexo opuesto». En un principio, esa parecería ser la posición hegemónica en nuestras sociedades. Es decir, viviríamos en una sociedad en la que la mayoría de la gente tendría, como objeto de elección, el «sexo opuesto». De donde se seguiría algo así como un cierto binarismo propio a la vida de los supuestos heterosexuales: atrapados en una dinámica del deseo que solo reconocería hombres y mujeres, en la que un polo sería sometido a identificaciones y otro a investiduras libidinales.

Pero habría que preguntarse si toda esta gramática de «binarismos» y «heterosexuales» describe realmente alguna vivencia concreta de lo sexual. Quizás sería el caso de empezar por preguntarse si realmente existen heterosexuales.

Puede parecer que una pregunta de tal índole sería ociosa, algo así como una provocación especulativa equivalente a preguntarse si existen, de hecho, montañas y números primos. Sin embargo, sería importante preguntarse qué tipo de existencia es la que se busca describir cuando

1 Agradecemos a la revista *Cult* ([revistacult.uol.com.br/home/](http://revistacult.uol.com.br/home/)) y a el autor la posibilidad de republicar en nuestra revista sus artículos, publicados en *Cult* a partir del 16 de diciembre de 2020.

2 Filósofo, profesor titular de la Universidad de San Pablo. Coordinador del Laboratorio de Investigaciones en Teoría Social, Filosofía y Psicoanálisis (LATESFIP). [vsafatle@yahoo.com](mailto:vsafatle@yahoo.com)

se habla de «heterosexuales». ¿Qué tipo de objetos cubren estos términos? ¿Dónde ellos realmente están, en qué tipo de categoría?

Aclarar este punto sería importante para que sepamos, al fin y al cabo, quiénes son esos «heterosexuales», esos apóstoles del binarismo del que tanto se habla. ¿Qué pasaría si descubriéramos que no hay nadie bajo esos términos, que no hay ningún sujeto que pueda ser descrito de esa manera, que «heterosexual» es, vean ustedes, una categoría absolutamente vacía? Después de todo, ¿no sería una actitud más subversiva que la de imaginar que podemos encontrar «heterosexuales» caminando por las calles, trabajando con nosotros o incluso viviendo en nuestra propia casa?

Es posible que debamos hacer una distinción importante, que no siempre se tiene en cuenta en los debates actuales. Es posible que no haya heterosexuales, lo que no significa que no haya heteronormatividad. Es decir, no existen prácticas concretas que puedan calificarse de «heterosexuales», aunque no habría mayores dificultades en identificar discursos que busquen disciplinar conductas y significar relaciones basadas en la creencia de la existencia de heterosexuales. Tales discursos crean clasificaciones y establecen una gramática que imposibilita a los propios sujetos el sentido de las prácticas de las cuales son portadores.

Asumir esto significaría que nuestro problema no es un problema de «tolerancia». No vivimos en un mundo que debería saber tratar de modo más tolerante la multiplicidad de formas de relacionalidad que no pueden ser descritas como «heterosexuales». Nuestro problema es quizás mucho más estructural. Vivimos en un mundo que tiene una gramática, con sus clasificaciones y sus enmiendas posteriores, que simplemente no dice nada sobre la experiencia concreta en el campo de lo sexual. Una gramática que no es una «condición de posibilidad» para la orientación y la experiencia de lo sexual, sino que es una mala «condición de imposibilidad». De este modo, nuestro problema no es de «tolerancia». Nuestro problema es de destitución. Hay toda una gramática inadecuada que necesita ser destituida porque no sabemos cómo hablar de lo sexual.

En este sentido, el primer error consiste en creer que las «relaciones sexuales» son algo que ocurre entre «personas», sean dos o más. Dado que, siendo una relación sexual aquello que ocurriría entre «personas», el siguiente paso podría ser preguntarse: ¿qué tipo de género tiene esa «per-

sona»? Pero ¿y si tales relaciones no sucedieran a nivel de «personas», si esa descripción fuera, en realidad, un error de categoría?

Uno de las ideas más fuertes del psicoanálisis sobre esto –potenciada por Jacques Lacan– nos recuerda que las relaciones sexuales no ocurren entre representaciones globales de personas, sino entre objetos que circulan entre cuerpos. Objetos que cargan huellas de posiciones de deseo que desconocen algo que podría ser llamado «determinaciones de género». Pero vivimos en una metafísica tan empobrecedora que describir las relaciones sexuales como algo que sucede entre objetos parece ser una forma de degradación de las «personas» involucradas, de instrumentalización del otro, de «fetichismo» y cosas del género. Como si solo hubiera fuerza de acción y decisión en «personas», no en «objetos». Toda una concepción jurídico-metafísica de la actividad termina así por colonizar hasta la forma en la que entendemos las afecciones. También hay un fetichismo de la persona del que deberíamos saber deshacernos.

Así, decir que relaciones sexuales se dan entre objetos significa, concretamente, que nadie desea «mujeres» o «hombres», sino que desea objetos que circulan o se fijan entre cuerpos, en cuerpos.

Objetos que no son proyecciones de fantasmas individuales. El cuerpo del Otro nunca es una pantalla de proyección. Es un lugar de encuentro, y nunca se falla un encuentro efectivo, siendo la marca de su efectividad la fuerza bruta de duración. Si se produce un encuentro es porque hay objetos que circulan, y aquí es importante la idea de circulación. Ellos tienen la capacidad de pasar de un lado a otro porque hacen reverberar las historias de los deseos de los sujetos, la historia de sus deseos deseados. En un momento se encuentran de un lado, en otro momento se encuentran de otro. Y tal circulación es la expresión de que tales objetos no están fijados en «géneros específicos». Por eso, pueden llevar un «hombre» o una «mujer» a puntos de indistinción, pueden invertir posiciones, pueden permitir las más variadas composiciones heteroclíticas.

Cuando, en el siglo XIX, un juez de la corte de apelaciones de Dresde, cuyo nombre era Daniel Paul Schreber, sufrió un brote paranoico después de imaginar que sería bueno ser mujer «en el momento del coito», demostró que únicamente un paranoico sentiría esa posición como externa a sí mismo. Solamente un paranoico entendería eso como algo tan invasivo

que lo conduciría a construir un delirio que integraría tal corporeidad, tales objetos asociados por él con al goce femenino, únicamente a partir de la modificación alucinatoria de su cuerpo en vista de su propia transformación en «la mujer de dios». Fuera de la posición paranoica, estamos haciendo constantemente este tipo de pasajes en nuestro inconsciente (que es donde los encuentros afectivos ocurren realmente), tanto en un sentido como en otro.

Dicho esto, es un hecho que la discursividad heteronormativa puede ser vivenciada como un proceso de reacciones fóbicas contra tales movimientos, contra tal circulación de objetos. De esta forma, puede consolidar disposiciones que producen las peores violencias y negaciones; violencias en la que se mezcla destrucción de sí mismo e incorporación, en el otro, de lo que se quiere destruir. Pero tales discursividades describen solo un intento desesperado y brutalizado de lidiar con callejones sin salida típicos de aquellos que comprenden y vivencian el deseo como «personas» e «individuos». En este sentido, es muy probable que la mejor forma de desactivar tales discursos sea mostrando, cada vez más, que ellos no describen ningún sujeto, que lo que describen es una forma de disciplina que se ve aumentada en los momentos en los que las sociedades empiezan a clasificar a los sujetos a partir de supuestas elecciones sexuales de personas.

*Pero ¿cómo sería esto? ¿La heteronormatividad es un discurso sobre la nada?* Bueno, este no sería el primero discurso sin objeto que conocemos. Lo que nos puede llevar a imaginar un momento histórico de emancipación en el que resultará absolutamente indiferente si los sujetos son portadores de estrategias distintas de circulación de objetos, absolutamente indiferentes a la especificidad de la serie de los cuerpos privilegiados por sujetos singulares. No hay por qué clasificar series diferentes en conjuntos distintos. A partir de esta indiferenciación, quizás encontremos finalmente una mejor y más bella manera de hablar de sexo. ♦